Núm. 33.

SAYNETE,

INTITULADO

EL CABALLERO DE MEDINA,

REPRESENTADO EN LOS TEATROS DE LA CORTE,

PARA TRECE PERSONAS.

CON LICENCIA:

Barcelona: En la Oficina de JUAN FRANCISCO PIFERRER, Impresor de S. M.; véndese en su Librería administrada por Juan Sellent.

SAYNETE.

EL CABALLERO DE MEDINA.

PERSONAS.

Doña Isabel.	*Don Lindo.* }
Doña Paula.	*Don Eusebio.* } *Petimetres.*
Doña Mariquita.	*Don Cirilo.* }
Doña Paquita.	*Don Serapio.* }
Don Anacleto.	*Blas.*
Juanillo.	*Un Escribano.*
Un Criado.	

Salen cantando y baylando los que pudieren: despues Don Anacleto, vestido de color, con capa de grana, peluca, con un papel en la mano.

4.° *de Música.* Viva, viva himeneo,
»que de alegría llena,
»de gozos y abundancias
»las casas que le esperan;
»viva, viva, viva,
»y bien venido sea.
D. Anac. Estas cartas me aseguran
el que en esta noche llega:
Muchachas, á prevenir
refresco grande, y gran cena,
que (segun dicen) mi Yerno
estará de aquí una legua;
vosotros ir á avisar
á los parientes, y parientas,
que hoy ha de ir toda la casa
rodando por la escalera.
Pero, digo, ¿á dónde está
el Page?
Criad. No hay quien le vea;
siempre encerrado en su quarto
suspira, llora, y lamenta.
D. Anac. ¿De qué?
Criad. Ninguno lo sabe.
D. Anac. Id, y decirle que venga.
Criad. Ya yo parto á obedecerte,
repitiendo nuestra fiesta. *vanse.*
Mús. »Viva, viva himeneo,
»que de alegría llena,
»de gozos y abundancias
»las casas que le esperan:
»viva, viva, viva,
»y bien venido sea.
D. Anac. Válgame Dios, y los dias
de funciones que le esperan
á mi casa, si esta noche
casada mi chica queda;

luego salgo de sobrinas,
y las caso con qualquiera.
¿Habrá demonche de Page?
¿Si habrá hecho la diligencia
de llamarme al Escribano?
¿Juanillo? Sí, á la otra puerta.

Sale Juanillo de Page ridículo, triste.

Juan. ¿Qué manda usted?
parece segun vocea
que trâta con sordos.
D. Anac. ¿A dónde andas?
Juan. En visita.
D. Anac. ¿Con quién?
Juan. Solo.
D. Anac. ¿Pues quién la visita era?
¿con quién estabas?
Juan. Amor.
D. Anac. Alabo la desvergüenza:
¿tú enamorado?
Juan. Yo creo
que sí, pues segun las señas
de un picor que siento aquí,
ácia la tetilla izquierda,
á modo de quando un hombre
le curan una postema,
no puede ser otra cosa;
y á mas de eso en la cabeza
siento un estrépito, como
si sentidos y potencias
siempre anduvieran jugando
dentro á la gallina ciega.
D. Anac. Pícaro.
Juan. Solo faltaba
que usted me eche una pendencia
ahora, despues que está un hombre
con todo un amor á cuestas.
D. Anac. Mejor es dexarlo; vaya,
¿le dixiste que viniera
el Escribano?
Juan. Ahora, ahora
vengo de su casa mesma,
y no puede venir hoy.
D. Anac. Habrá de tener paciencia,
y aguardar hasta mañana.
Juan. Tampoco creo yo que venga
mañana.
D. Anac. ¿Qué va que sí?
Juan. ¿Qué va que no?
D. Anac. ¡Habrá tal tema!
¿dí por qué?
Juan. Porque se ha muerto.
D. Anac. Tienes razon, dame treinta
patadas: ¡que pueda yo
tolerar tan grande bestia!
Juan. ¿No le tolero yo á usted
tambien sus impertinencias?
¡ay amor, y qué bien dixo *ap.*
quien dixo, que eras lo que eras!
D. An. Hombre, ten juicio un instante,
y no te apartes ni muevas
de la antesala, ni dexes
entrar á nadie que venga
á ver las chicas, diciendo,
que como esta noche esperan
al novio de Isabelita,
tienen para hacer mil haciendas,
y adentro estan ocupadas;
pero que esta noche vuelvan
(si gustan) al Desposorio,
que yo voy á buscar miéntras
llega la hora á otro Escribano.
Juan. ¿Con que se casa de veras
la Señorita? ¡ay de mí! *ap.*
D. Anac. Esta noche.
Juan. ¿Y de qué tierra
es el Novio?
D. Anac. De Medina.
Juan. Pues, Señor, de esa manera
no haréis nada con casarla.
D. Anac. ¿Por qué?
Juan. Porque de esa tierra

ninguno que viene, viene
capaz de poblar la nuestra.
D. An. ¿Qué entiendes tú de eso? calla,
y al punto haz lo que te ordenan. *vas.*
Juan. ¿Qué no lo entiendo? Quizá
puede ser que yo ló entienda
mejor que el amo, y el novio;
pero aquí viene la fiera
de la hermosa Señorita;
esta es la ocasion de hacerla
mi proposicion; ¡lo que hace
ser un hombre de vergüenza!
por todo me pongo yo
colorado.

Sale Doña Isabel con una carta en la mâno.

Doña Isab. Vé allá fuera,
Juanillo, á la Escribanía,
y al punto tráeme una oblea
para cerrar esta carta.
Juan. ¿Qué tienen que ver las piernas
con el amor, que las hace *ap.*
que baylen como que tiemblan?
D. Isab. ¿No has oido lo que te pido?
una oblea.
Juan. Voy por ella,
perdóneme usted, que yo,
Señora, el viejo, y la vieja. *vase.*
D. Isab. ¿Qué duende tendrá estos dias
este bruto en la cabeza,
que nada entiende, ni oye?
Sale Juanillo con un manguito.
¿qué es lo que me traes? ¿se cierran
las cartas con los manguitos?
una oblea pido, una oblea:
este majadero hará
que yo pierda la paciencia.
Juan. ¡Ay!

Mírala y suspira.

D. Isab. ¿De quándo acá has perdido
tú las palabras? ¿qué nueva
tontería has inventado?
explícanos tu simpleza.
Juan. Yo no me atrevo; tengo un
torbellino en la cabeza,
un terremoto en las tripas,
y un amor que me atraviesa:
yo no puedo hablar: mejor
os lo dirán esas letras.

Le da un papel.

D. Isab. Vaya que estás graciosísimo;
¿qué significa toda esa
ceremonia? veamos, pues,
si el papel lo manifiesta.
Lee. »Señora, como no hay animal en
»el mundo que no ame á otro, es
»precisa conseqüencia que yo ame
»á usted, cuya vida guarde Dios
»muchos años: vuestro mas humilde
»servidor, y fiel amante: *Juanillo.*
Resp. Mi servidor mas humilde,
y amante con mas firmeza,
Juanillo: vaya que yo he hecho
una conquista tremenda:
ó señor enamorado,
yo quedo muy satisfecha.
Juan. Por una parte es verdad
que el mérito es quien merezca,
y por otra parte yo,
Señora, es la vez primera
que enamoro, y estoy todo
turulato.
Doña Isab. Yo estoy hecha
á oir á amantes, y entiendo
mas que tú decir me piensas:
luego hablarémos; ahora

vé, y llévale á toda priesa
esta papel á Don Lindo,
y dile que al punto venga
como le mando.

Juan. ¡Ah pequeño *ap.*
cocodrilo, ah ingrata, ah fiera!
yo echaré sobre mí luego
toda la nieve del etna. *vase.*

Doña Isab. La conquista de Juanillo,
aunque no sirve, no dexa
de complacerme; que al fin
es una evidente prueba
de que nadie se me escapa
de quantos se me presentan.

Sale Doña Mariquita con un libro en la mano, y Doña Paula con un espejo, altercando sobre mirarse á él con la Paquita.

Doñ. Paul. Tú ya te has visto bastante.

D. Paq. Mas te has mirado tú, suelta.

D. Is. Prima, ¡que siempre has de estar
tratando con los Poetas!
¿no te he dicho ya mil veces
que el Parnaso está muy cerca
del Perú?

Doña Mar. No me interrumpas:
dexa que otras veces lea
en Eneas sin engaño,
y Egnido muchas finezas
que me escarmienten, ¡ó quánto
fuera mejor que en la hoguera
que esa enciende para sí,
añadiendo siempre leña,
ardiera él, y quantos hombres
engañan nuestra inocencia!

Doña Paul. Muger, déxame á mí dar
la última mano, y te queda
luego el espejo por tuyo.

Doña Paq. Quanto perfilo las cejas
un poco.

Doña Paul. Ahí le tienes:
Primita, ¿qué tal me encuentras?

Doña Isab. Para encantar.

Doña Paq. ¿Y á mí, Prima?

Doña Isab. Os aseguro de veras,
que estais para hacer pagar
contribuciones muy buenas
á todos los corazones
que hay en Madrid.

Doña Paul. Sin que sea
vanidad, y sé muy bien
que mi cara no es maleja;
pero en el siglo en que estamos
con la natural belleza
se camina poco, y es
andar estudiando á fuerza
modos para sustentar
las conclusiones tremendas
del matrimonio, en que penden
todas nuestras conferencias.

Doña Mar. O, que el natural aliño
atrae por naturaleza.

Doña Paq. Contra. Yo tengo razon
mas poderosa.

Doña Mar. ¿Quál?

Doña Paq. Esta:
el hombre es un animal,
tan animal, que desea
ser engañado; y así
mas mérito con qualquiera
de ellos tiene una deydad
fingida, que verdadera.

Doña Mar. Bien está; pero yo creo
mas, que las damas compuestas
son como el vino compuesto,
que por mas que le celebran
todos, á todos les gusta,
son pocos los que lo encuentran
bueno para todo pasto,
y probándole, lo dexan. (hombres

Doña Isab. Lo cierto es que ahora los
son de tan mala ralea,

que segun la repugnancia
que en las bodas manifiestan,
está cerca el fin del mundo.
Doña Mar. Ay, que la causa no es esa:
que ellos no pueden pasar
sin nosotras: la miseria
nuestra pende de que no
sabemos en esta escena
hacer bien nuestro papel,
y la que no sabe, aprenda:
ninguna á ninguno habia
de hacer la menor fineza,
si ántes en papel sellado
no ponian de su letra
otorgo, quiero y recibo,
y despues la firma entera.
Doña Paul. Prosigue en esa opinion,
y verás como te quedas
para tia.
Doña Paq. Sobre que
haciendo una quanto pueda
de su parte, hay mil trabajos,
¿qué fuera si no lo hiciera?

Sale Juanillo.

Juan. Señora, dice, que
en dando unas providencias,
que convienen al papel,
que vendrá quando convenga.
Doña Isab. ¿Estuviste con él?
Juan. Sí
Señora, y por la escalera
sube ya, si no me engaño,
él, y la demas caterva
de moscones; pero á bien
que hoy de la agalla se quedan:
todos ustedes se vayan *Al vastidor.*
ahora, y á la noche vuelvan,
que así me lo manda el amo.
D. Isab. ¿Qué hay, para que tú te metas
en ello? No manda tal;
ustedes, Señores, vengan
muy bien venidos, y entren,
que hay que hablar de una materia
muy urgente, y muy precisa.

Salen Don Lindo, Don Eusebio, Don Cirilo, y Don Serapio de Petimetres.

Los 4. Para quanto se os ofrezca
nos teneis á vuestros pies.
D. Paq. Que en nuestra mano estuviera
importara mas.
Doña Isab. Juanillo,
ves á cuidar de la puerta,
y á avisar si viene padre.
Juan. ¡Yo avisador! no me suena *ap.*
bien; pero en fin, el que ama
es preciso que obedezca. *vase.*
Las 4. Bien venidos, Caballeros.
D. Isab. No en cumplimientos se pierda
el tiempo; ya en el papel
os dixe como esta
noche me quiere casar
mi padre, y que á todas estas
con qualquiera determina
casarlas por salir de ellas:
con que así (hablemos clarito)
si el fin con que nos cortejan
ustedes es matrimonio,
les darémos preferencia;
si no, á engañar á otra parte,
que aquí estamos ojo alerta.
D. Lind. No solo con ese fin
venimos, sino que quedan
para celebrar las bodas
prevenidas ya las fiestas.
Doña Isab. ¿Cómo?
D. Lind. ¿No me habeis escrito
que esta misma noche llega
mi ribal? pues esta tarde
hemos de hacer que lo crea,

disfrazándose un criado
mio, que tiene para esas
humoradas genio, y gusto,
y le engañe, y le entretenga,
miéntras acá se disponen
las cosas como se pueda.

D. Eus. A todo estamos resueltos.

Las 4. Nosotras tambien.

D. Cir. En prueba
os damos palabra, y mano.

Sale Don Anacleto.

D. Anac. ¿De qué?

Las 4. Mi Padre, ¡qué pena! *ap.*

Sale Juanillo.

Juan. Ya está aquí mi amo.

Doña Isab. Cierto,
que á muy buena hora te acuerdas.

Juan. No dirán que no dí aviso
así que entró por la puerta.

D. Anac. ¿No he dicho á ustedes que no
gusto que á mi casa vengan?

Hacen ceremonias los 4.

Juan. Si lo ha dicho mi amo, ¿á qué
será de venir la tema?

D. Anac. Tambien es atrevimiento
Hacen cortesías.
demasiado, que por fuerza
les he de dar mis muchachas.

Juan. Cada uno ajuste sus cuentas.

D. Anac. Hay razon, ó no hay razon:
si la hay ¿por qué no la alegan?
Cortesías.
señores mios, yo entiendo
muy poco de reverencias,
el pan, pan, y el vino, vino:
Cortesías, y se van.
sí, ó no, como nos enseñan;
á fe que estos tienen una
conversacion estupenda:
como ellos tornen, yo les
haré danzar sin vihuela.

Juan. Y yo llevaré el compas,
con la tranca de la puerta.

D. Anac. Y á ellas, las desobadientes,
¿no les he dicho ya treinta
veces que no quiero que hablen
con estos á solas ellas?
Cortesías.
¿han aprendido á baylar
sin duda en la misma escuela?
cuidado con no apurarme,
ni marearme la paciencia,
que hay Conventos, y si no
bastan Conventos, Galeras.

Cortesías, y vanse.

Juan. No se puede negar que
son las quatro muy atentas.

D. Anac. Juanillo, ¿sabes si acaso
es alguna moda nueva
de responder la que has visto?
Cortesías.
¿has entendido tú éstas
ceremonias? ¿tú tambien
te me vienes con florestas?
pues si yo saco un garrote,
yo veré si cabrioleas,
ó te rompo la cabeza.

Juan. Yo bien tenia que hablar
á usted, pero de vergüenza
no me atrevo.

D. Anac. No seas tonto,
dime todo lo que quieras.

Juan. Pues, Señor, así tal qual
como usted me ve, quisiera
casarme.

D. Anac. ¡Que tontería!

Juan. Pero, Señor, me consuela,

que aunque yo os parezca tonto,
que tambien es tonta ella.

D. Anac. ¿Y quién es la desdichada?

Juan. Mejor puede conocerla
usted, pues que la ha parido.

D. Anac. Dí.

Juan. Como la pretendienta
es vuestra hija.

D. Anac. ¿Isabelita?

Juan. La misma, Señor.

D. Anac. ¡La mesma!
ira me dexa baldado,
que si no:::-

Juan. Vamos de veras
al asunto, que ser puede
para todos conveniencia:
ella es muchacha, y yo soy
muchacho, con que ya en esta
parte quedamos en pata;
usted me da á mí sus treinta
reales al mes de salario;
deme usted quince, y á ella,
y está ajustado de modo
que á todos nos tiene cuenta:
vea usted como hablo yo,
y en razon me pongo.

D. Anac. Espera, *Sacúdele.*
llevarás ántes que la hija
el dote en buena moneda.

Juan. Señor, ese no es estilo;
pero suspendeos, que llega
ya vuestro Yerno, segun
la facha que obstenta.

Sale Blas de militar ridículo con una gran peluca.

Blas. Señor, no creo que vos
tendréis tan gran impaciencia
de hacerme vuestro hijo, como
yo que el caso suceda;
á cuyo fin, al instante
que llegué, vengo á dar muestras
del rápido efecto que
trae rápidas mis finezas.

D. Anac. Muchas gracias; pero yo
creo que no se arrepienta
usted del contrato en viendo
que moza, rica, y discreta,
bella, noble:::-

Blas. Poco á poco,
¿quién tampoco habria que pueda
alabarse mas que vos
de buen Yerno en esta tierra?
en mí no hay vicio, ni en mí
reside alguna perversa
calidad; yo nunca he sido
aficionado á quimeras;
yo aborrezco mortalmente
el juego; me da jaqueca
el beber el vino, y eso
de tratar con mugerzuelas
ó mugercillas, ¡qué asco!
y los tabacos me apestan:
achi, achi.

Le estornuda encima.

D. Anac. Dominus tecum:
solamente la limpieza
vale un Perú.

Blas. Para eso
tengo yo en la faltriquera
pañuelo con que limpiaros.

Al sacar el pañuelo, dexará caer una bota, una pistola, un puñal, un rejon, naypes, caxa y pipa.

D. Anac. ¡Qué virtud de mozo! que
ni bebe, ni fuma, ni juega,
ni es quimerista; ¿pero estos
despojos no manifiestan
lo que decís?

Blas. Lo que he dicho
lo cumpliré quando duerma,
que quando estoy con amigos,
forzoso es que me divierta.

D. Anac. Juanillo, dile á tu ama
que salga, porque se vea,
y:::-

Juan. No hay para que decirlo
que ya salen aquí ellas.

D. Anac. Ven, hija, ven, que tenemos
toda la ventura nuestra
en casa.

Salen las 4.

Las 4. Fiero animal.

D. Anac. A ofrecerte llega, llega.

Doña Isab. Dexe usted que llegue él.

Blas. Señora, hombres de mis prendas
no gastan preludios, que usan
los Petimetres de teta:
si se hace la cosa, se hace,
y si no, queda deshecha.

D. Anac. ¿Qué te parece?

Doña Isab. Muy mal.

Doña Mar. El hombre que se presenta
en frente de un Matrimonio,
sin saber decir siquiera
un preluminar de amor,
que vaya, que vaya fuera.

Paq. Digo, niñas, ya viene ahí
Aparte á ellas.
toda nuestra gente: alerta.

Sale el Escribano.

Escr. Alabado sea Dios.

D. Anac. Señor
Escribano, viene á buena
ocasion, sientese usted.

Juan. No importa, dexad que crezca.

D. Anac. Vos venis:::-

Escr. Ya sé á qué vengo;
y para esta diligencia
traygo hasta quatro testigos.

D. Anac. Y decid, ¿por qué no entran?

Salen los 4. Petimetres.

D. Lind. Mi Dueño, y amigo,
sea enhorabuena,
y goce por muchos años
Le agarra la mano á Don Anacleto.
vuestra hija lo que desea,
y la mano que á la suya.
hoy felice se encadena.

D. Anac. Vivais mil años.

D. Eus. Yo soy
uno tan de todas veras,
que me parece que toco
mi mayor ventura en esta
ocasion. *Mano.*

D. Anac. Yo lo agradezco;
¡lo que estas gentes aprietan! *ap.*

D. Cir. Dichoso vos; pero mas
dichoso el que á verse llega
dueño de lo que idolatra. *Mano.*

D. Anac. Mirad:::-

D. Ser. Aunque es la postrera
mi expresion en este lance,
nada que decir me queda. *Mano.*

Juan. Señor, Señor, ¿estais ciego?
¿pues no echais de ver que os pegan
fuego por detras?

D. Anac. ¿Qué es?

Juan. Quatro
bodas con un pie de tierra.

Escr. De que doy fe, en testimonio
de verdad, Gibilla Seca.

Vanse muy serios.

D. Anac. ¿Juanillo?

Juan. Señor, ¿qué dices?

D. Anac. A ellos.

Juan. Mejor es á ellas.
Los 4. Suegro, perdonad.
Las 4. Pues todos
os rendimos la obediencia.
D. Anac. ¿Juanillo?
Juan. ¿Señor?
D. Anac. ¿Qué dices?
Juan. Paciencia.
D. Anac. ¿Pero qué hará
de Medina el Caballero?
que se vuelva.
Juan. Que se vuelva.
Blas. Yo bastante satisfecho
quedo, quanto mi amor queda
servido, y pagado con
la mano de mi morena.
D. Anac. ¿Luego esto es todo tramoya?
D. Lind. No sino una chanza entera.
D. Anac. Ya yo quedo sin cuidado,
y allá ellos se las avengan.
Juan Nadie queda como yo.
D. Isab. Pues sea todo bulla, y fiesta.
Todos. Porque el Saynete perdon,
ya que no aplauso, merezca.

FIN.